

# El sueño de la patria nueva

*Riva Palacio y la Exposición Internacional Mexicana de 1880*

José Pascual Buxó



La aparición de la prensa periódica marcó el inicio de un cambio sin precedentes en la concepción y la escritura de la historia. Antes que los diarios hicieran la reseña y comentario, a la vez puntual y divergente, de cuanto acontecía en los más diversos aspectos de la vida política y social, el historiador profesional sólo disponía para el logro de su empresa de los acervos resguardados en archivos oficiales o privados. La historia, el recuento y juicio de los hechos humanos, en cuanto disciplina académica, tiene un carácter eminentemente textual. Los hechos sólo sobreviven por obra de la palabra: la letra funda la historia y protege la memoria de los desmanes del tiempo. Sin embargo, la palabra no siempre es garante de la verdad, o lo es en todo caso de una verdad parcial o imprecisa que obliga a las sucesivas generaciones a reinterpretarla y para ello es menester rescribirla. En contadas ocasiones dispone el historiador de los testimonios contradictorios o complementarios de un mismo suceso o acción; lo sabía muy bien el viejo Bernal Díaz: frente a la absolutista verdad de los héroes es necesaria la visión crítica y desmitificadora de la gleba. Pero no siempre se tiene la fortuna de contar con el anverso y el reverso de los hechos: el historiador, contemporáneo o remoto de los sucesos que le ocupan, suele erigirse como juez inapelable, dueño del código, del premio y de la pena. A esta visión parcial, selectiva y no pocas veces autoritaria del historiador profesional se opone la multiplicada visión instantánea y polémica del periodismo moderno: gracias a la diversidad de miradas sobre un mismo hecho, no sólo podemos acceder al conjunto de las opiniones de quienes tomaron parte en él

como actores o testigos sino, sobre todo, al debate que ese hecho suscita en la sociedad, a la confrontación de los plurales intereses, creencias o apetencias de una comunidad por medio de la palabra dialógica del periodismo que asume e interpreta la multitud de acontecimientos desde la polémica diversidad de las ideas.

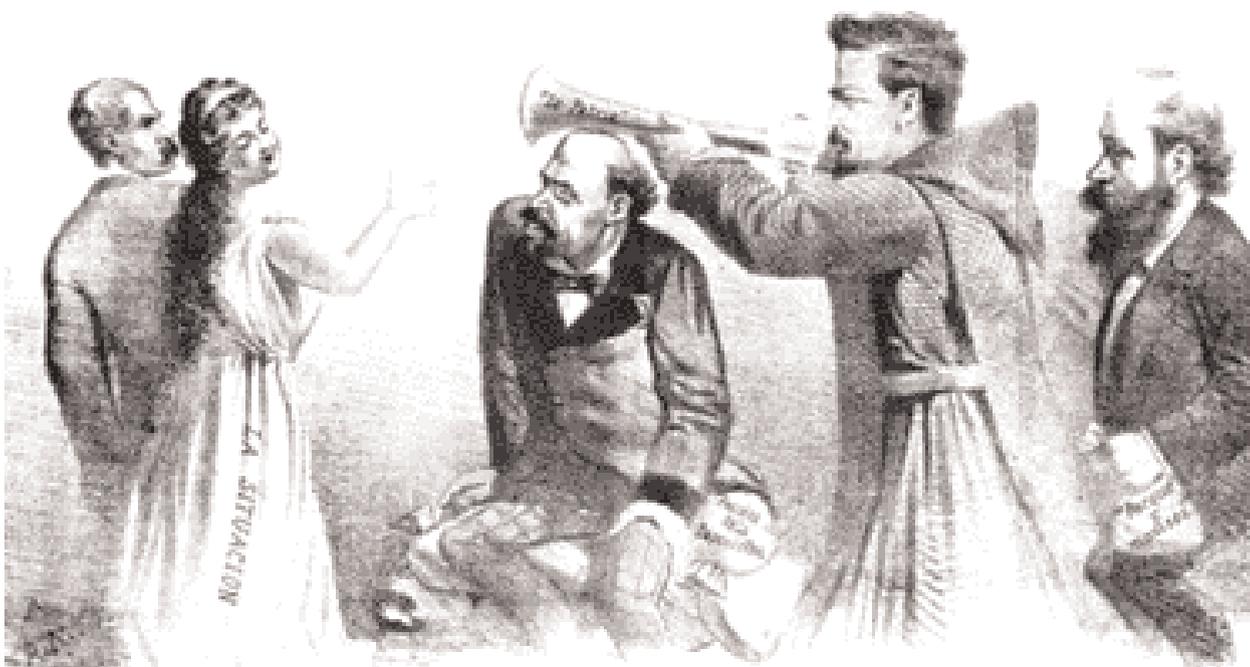
Qué daríamos porque el periodismo hubiera tenido sus albores en la antigüedad clásica; de haber sido así, contaríamos con un variado conjunto de documentos públicos en los cuales fundar nuestra comprensión dialéctica de cada etapa de la historia humana. Pero las cosas son como pueden ser y no por nada el periodismo se consolida en el auge de la sociedad burguesa y del progreso industrial, de suerte que si nuestra historia colonial ha de constreñirse a la documentación unilateral de los archivos virreinales, nuestra historia republicana cuenta con el gran almacén de una prensa periódica, variada, divergente y pugnaz. Es en el inmenso mar de impresos de los siglos XIX y XX donde los historiadores del pasado y los estudiosos del presente encuentran a manos llenas la información necesaria para poder trazar los avatares de los procesos históricos y sociales de nuestra nación, y es la Hemeroteca Nacional, que alberga el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, el más rico de los repositorios de este género. A él acuden investigadores de las diversas áreas del conocimiento, en particular, los historiadores de nuestra cultura política, científica y literaria. Y, entre ellos, ninguno más conspicuo que la investigadora emérita y cronista de nuestra casa de estudios, la Dra. Clementina Díaz y de Ovando.

Gral. Vicente Riva Palacio



de Cristo, tuvieron su inicio en 1851 en Londres; en efecto, ese año se inauguró en Hyde Park el sorprendente edificio de hierro y cristales que albergó a más de trece mil expositores y fue visitado por seis millones de personas que pudieron comprobar con asombro, no sólo la pujanza industrial y cultural de la rubia Albión sino el contacto efectivo de Europa con los más remotos países a través de ese escaparate que mostraba, a más de la producción técnica y artística de los pueblos del Viejo Continente, los productos naturales y artesanales de naciones exóticas. Desde luego, la exposición estaba consagrada a mostrar de manera espectacular los progresos alcanzados por la Europa del siglo XIX, pero no por ello dejaba de propiciar el encuentro colonizador con los países subdesarrollados. ¿Y cómo fue la participación de México en esa Exposición Universal? La crónica que de ella hizo Francisco Zarco, bajo el seudónimo de Fortún, en un artículo publicado en *La Ilustración Mexicana* (1851), ponderaba la importancia de ese suceso “para la ciencia, para las bellas artes, para la industria, para el comercio, para la paz del mundo”, pero el articulista —anota Clementina— “se dolía de la pobreza de los objetos enviados cuando nuestro país hubiera podido exhibir el prodigio de sus minerales” y otras preciosidades que hubieran causado la admiración de los europeos. Para terminar, Fortún arremetía contra la ineficiencia de los funcionarios del gobierno mexicano, que no comprendieron la importancia que tenía para el país figurar en aquel concurso universal: “Nada se hizo, y justo es que la befa y el escarnio que contra un país desgraciado habrán querido lanzar los extranjeros, recaiga sobre unos cuantos hombres, para quienes la patria y la industria y el honor, no son más que miserables mercancías”.

En efecto, no eran buenos los tiempos para un país como el nuestro que, a pesar del cambio político, seguía atado a la estructura social del virreinato: la clase dominante continuaba estando compuesta por los terratenientes explotadores; el alto clero, único conductor eficaz de las fuerzas sociales; los grandes propietarios mineros y los comerciantes dados a la usura. Entre tanto, la situación de los indígenas y de los peones campesinos había empeorado; los golpes y contragolpes militares sumían al país en la perpetua inestabilidad política. Pocos años antes de la Exposición Universal londinense, Estados Unidos había declarado la guerra a México; Santa Anna se encumbraba en el poder —cambiando la casaca del liberal por la del conservador— sólo para acabar perdiendo o vendiendo al invasor norteamericano cientos de miles de leguas del territorio nacional; estaba cerca la revolución de Ayutla y, al fin, la constitución liberal de 1857 con su secuela de guerras de Reforma y luchas antintervencionistas. Y, sin embargo, fue tanto el éxito alcanzado por Inglaterra con su gran feria internacional y tan buenos sus réditos que, aun inmersos en el caos político, algunos buenos mexicanos se ilusionaron con la idea de celebrar una Feria Internacional en nuestro territorio. Así, en noviembre de 1854, el diario *El Universal*, de filiación conservadora, apoyó el proyecto de verificar tres años después una feria con el objeto de “atraer al país el comercio del mundo con el estímulo de la baja de derechos”; no se le ocultaban al anónimo proponente las dificultades para llevar a cabo la empresa, sin embargo, confiaba en que fuera reconocida “la innegable verdad de que necesitamos hacer algo para mejorar nuestra situación industrial y mercantil”. El presidente Santa Anna —según observa atinadamente doña Clementina— ni se enteró del proyecto; “andaba ocupadísimo



Caricatura en *El Demócrata*, *Semanario Risueño Ilustrado*, México, sábado 29 de marzo de 1879



“Los excursionistas de Chicago, embelesados ante nuestras especialidades”

tratando de combatir, aunque sin éxito, a los revolucionarios del Plan de Ayutla que pretendían derrocarlo”. Una década más tarde, hacia 1867, Ignacio Ramírez, El Nigromante, aún tenía sobrados motivos para pintar un cuadro desolador de la situación educativa en México: “siete millones en completa ignorancia; quinientos

mil apenas sabiendo leer y escribir; cuatrocientos mil con mejor instrucción, sin que ella se levante a la altura del siglo, y cosa de cien mil pedantes...”.

“Con todo —nos dice doña Clementina— la ilusión de realizar una Exposición Universal en México volvió a revivir en 1872.” Los motivos para insistir en la em-

presa eran obvios: se trataba de “deshacer los infundios que se propalaban contra México en Europa”, ahora que estaba por inaugurarse el ferrocarril que uniría México con Veracruz. Justamente el 24 de enero de ese año, *El Siglo Diez y Nueve* publicó un artículo remitido por Francisco Menocal en que exponía su proyecto de “proporcionar un medio adecuado que atraiga al país un gran concurso de extranjeros” que pondría en circulación no sólo importantes cantidades de capital líquido, sino que además daría empleo “a una multitud de brazos que hoy desmayan en la más completa inacción por la falta de trabajo”. También Menocal se hacía ilusiones de que ese certamen internacional se convertiría en una “vara mágica que transformará nuestro país, hoy abatido, pobre y desgarrado por la guerra civil, en uno de los países más felices de la tierra”. *La Revista Universal, El Siglo Diez y Nueve, Le Trait d'Union, El Monitor Republicano*, en fin, buena parte de la prensa aplaudió la “feliz idea” de Menocal de edificar al efecto un gran palacio de la industria en la estación de Buenavista, y se unieron a él, por encima de sus diferencias ideológicas, Francisco Díaz Covarrubias, Manuel María de Zamacona, el obispo Labastida, Pedro Santacilia y Vicente Riva Palacio, entre otros individuos no menos prestigiosos. Sin embargo, y a pesar de lo avanzado del proyecto, éste se vio frustrado ante la renuencia del poder legislativo para discutir el dictamen relativo a esa Exposición Universal: los diputados atribuyeron su silencio a la oposición del ministro de la guerra de invertir cuantiosos recursos en una empresa fabulosa cuando era preciso perfeccionar la organización del ejército. *El Siglo...* arremetió inteligentemente contra los solapados esfuerzos de algunos miembros del gobierno para derrotar el proyecto de la exposición, pero el *Diario Oficial* salió en su defensa: “¿Hay algo de monstruoso —se preguntaba el editorialista— en pagar primero la deuda de los empleados, que destinar de preferencia una suma considerable a los gastos de la Exposición Universal?”. *La Orquesta. Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas* publicó el 15 de junio de 1872 una gacetilla jocosa en la que se preguntaba por el destino de la Ex-

posición Internacional: “¿Qué, ¿por fin no tendrá efecto, y ha sido toda ilusión?, ¿la idea de la exposición no pasará de proyecto y quedará en el *no ser*?”. “La Exposición Universal de México de 1873 quedó —como vacilaba *La Orquesta*— en el no ser, en mera utopía”, pero, advierte doña Clementina, “quedaría bien grabada en la memoria de Manuel María de Zamacona y en la de Vicente Riva Palacio”.

Al ascender Porfirio Díaz al poder, el 5 de mayo de 1877, tuvo que enfrentarse a muy graves problemas: el pago de la deuda externa, es decir, la llamada “deuda americana” que, andando los años, acabaría haciendo irreversible nuestra dependencia económica, y las depredaciones en territorio norteamericano de los indios bárbaros del norte, causa de la intervención de las tropas del país vecino en territorio nacional con el pretexto de castigar a los infractores; por si esto no bastara, en el interior, los afectos a Sebastián Lerdo de Tejada no cesaban en su empeño de reconquistar el poder que Díaz les había arrebatado. Y otra vez surgió con fuerza la mágica idea de celebrar una Exposición Internacional como remedio supremo para consolidar la paz política, alejar la amenaza de una nueva intervención de los Estados Unidos y, sobre todo, poner remedio a la degradante situación económica mediante la inversión extranjera. La misión oficial y el deseo personal del ministro Riva Palacio era precisamente el de poner a México “al nivel de los pueblos europeos” con la aplicación de medidas que impulsaran la agricultura, la industria y el comercio, no menos que las ciencias y las artes. El nuevo ministro de Fomento era el hombre indicado para llevar a buen término esta inmensa tarea. En general, la prensa contemporánea comprendió muy bien el valor de esa empresa civilizadora que Riva Palacio tenía en sus manos, y así, al comentar el primer informe que rindió al Congreso, el diario *La Libertad* proclamaba la valía de ese “literato de clarísimo talento, conocedor del respeto que merecen los hombres de ciencia a los gobiernos que algo representan en el mundo civilizado”, que no sólo era capaz de poner orden en el desbarajuste creado por las administraciones anteriores, sino de alejar los peligros de la anarquía y de la guerra.

Y otra vez surgió con fuerza la mágica idea de celebrar una Exposición Internacional como remedio supremo para consolidar la paz política, alejar la amenaza de una nueva intervención de los Estados Unidos y, sobre todo, poner remedio a la degradante situación económica mediante la inversión extranjera.



Caricatura en *El Demócrito*. *Semanario Risueño Ilustrado*, México, sábado 29 de marzo de 1879



Caricatura en *El Demócrito*. *Semanario Risueño Ilustrado*, México, sábado 29 de marzo de 1879

Coincidió con esos años de fatigas para el nuevo gobierno mexicano la celebración en París de la gran Exposición Internacional de 1878 a la que México no pudo concurrir, pues continuaban suspendidas las relaciones diplomáticas entre ambos países. Con el propósito de aplacar la animadversión de la prensa norteamericana —sufragada ya desde entonces por los huéspedes de la Casa Blanca— el incansable ministro Zamacona intentaba con cierto éxito persuadir a la opinión pública de ese país de que era negocio más productivo el comercio que la guerra, y así, organizaba la fastuosa visita de los comerciantes de Chicago a nuestra ciudad capital, episodio al que doña Clementina ya ha dedicado su apasionante *Crónica de una quimera. Una inversión norteamericana en México, 1879*.

Entre tanto, Riva Palacio preparaba el proyecto de la Exposición Internacional Mexicana que inicialmente habría de celebrarse del 1º de noviembre de 1879 a principios de febrero del siguiente año. Dos años antes de la fecha prevista para ese magno concurso universal, en 1877, México obtuvo diversos premios por los productos enviados a la Exposición Centenaria de Filadelfia, y eso fue motivo de mayor aliento para mostrar en el propio país su decisión de superar los desastres de las guerras civiles, de ponerse “al nivel de los pueblos europeos” y “destruir los errores que en el extranjero se abrigan respecto de México, y que tanto daño causan a los intereses del capital y el trabajo”. No eran pocos los méritos que el General Riva Palacio había mostrado como secretario de Fomento: impulsaba la extensión de las vías férreas, el trazado de caminos y calzadas, la fundación de observatorios astronómicos y meteorológicos, la ampliación de la red telegráfica... y, sobre todo, la buena rendición de cuentas al poder legislativo; así lo entendía y proclamaba *La Libertad* en junio del 88:

En medio de las estériles agitaciones a que sin descanso nos entregamos, en medio del eterno batallar y del eterno sufrir, se siente profundo consuelo cuando fuera de las

acostumbradas proclamas y de los planes salvadores [...] nos encontramos con algo real, con algo útil y bueno...

Pero no todo era miel sobre hojuelas, la prensa lerdista y, en particular, los periódicos satíricos, arremetían con lengua ácida y descarada contra el proyecto de Riva Palacio. En particular, *El Republicano*, *El Mensajero*, *El Demócrito* y *El Organote* se distinguían por su actitud militante contra la Exposición Internacional Mexicana y contra su promotor oficial: es un gran disparate de Riva Palacio promover una obra costosísima y a la postre de imposible realización, “cuando las tropas desertan porque no tienen qué comer, cuando porque no se pagan, los empleados entorpecen todos los negocios, hasta los judiciales”. Ése era el *quid*: el elevado costo del proyecto en un momento de penurias administrativas extremas; pero algo más, las pugnas solapadas entre los miembros del gabinete de Díaz, aspirantes casi todos ellos —y en particular Protasio Tagle y el propio Riva Palacio— a sucederle en la silla del águila. Doña Clementina hace un minucioso y revelador recorrido por las páginas de la prensa mexicana de esos años y nos entrega las muestras más enjundiosas de lo que fue la lucha política en México durante el Porfiriato y los primeros años del Gobierno Revolucionario en que, con motivo del centenario de la Independencia nacional, volvió a surgir el súbito y pasajero entusiasmo por realizar una gran Exposición de Comercio que, como las anteriores, “proclamara a todo el mundo que en México hay hombres que tienen fe en el porvenir y que somos capaces de hacer algo tan grande como cualquier otro país”. Conviene leer y meditar con atención este documentado y perspicaz estudio de doña Clementina Díaz y de Ovando porque allí están las semillas de nuestra vida ciudadana a lo largo del siglo XX; allí, las ilusiones perdidas pero nunca olvidadas de un mexicano generoso e ilustre por llevar a su país a la felicidad y al progreso: Vicente Riva Palacio. ■

Texto para la presentación del libro *Las ilusiones perdidas del General Vicente Riva Palacio* de Clementina Díaz y de Ovando.